

Hugo Bouter

Transformados a la imagen de Cristo

1. El rostro radiante del mediador

(Ex 34:29-35)

El punto inicial de esta reflexión es el rostro radiante de Moisés cuando renovó el pacto con Dios, después de que Israel pecara haciendo un becerro de oro en el Monte Sinaí. Moisés intercedió en la montaña por el pueblo pecador, y sentó las bases para la restauración de la relación con Yahvé. El Señor también habló cara a cara con Moisés en el tabernáculo de reunión fuera del campamento, como un hombre habla con su amigo (Ex 33:11).

Moisés fue comisionado para guiar al pueblo allende de Canaán, y el Señor prometió atraerlos nuevamente hacia sí. Pero ¿cómo podía el Justo y Santo seguir mostrándoles misericordia? Para Moisés era un misterio. Por eso preguntó: «Déjame ver tu gloria» (Ex 33:18). Entonces se le permitió ver una revelación especial de la gloria divina, la gloria de la gracia de Dios. Estaba sobre la roca y en un lugar seguro con Él, en una brecha enorme desde la que podía ver pasar Su gloria (Ex 33:19-23). Esta es una imagen de nuestra posición en Cristo, la apaleada roca en la que nos encontramos a salvo del juicio (Ro 8:1-3; 1Co 10:4).

Moisés tuvo que escalar el Sinaí como mediador del pueblo y volver a reunirse con Dios en la cima. Acababa de labrar dos nuevas tablas de piedra y se las llevaba al Señor para poder grabar en ellas los mandamientos que habían figurado en las primeras, rotas por Moisés a causa de la ruptura del pueblo con

el pacto (Ex 34:1-4). Se quedó con Dios cuarenta días y cuarenta noches en la montaña: «No comió pan ni bebió agua, y escribió en tablas las palabras del pacto, los diez mandamientos» (Ex 34:28).

Pero cuando descendió del Sinaí con las dos tablas, su tez brillaba a consecuencia de haber estado hablando con el Señor. La luz de la gloria de Dios se reflejaba en su rostro (Ex 34:29-35). Sucede igual con muchos creyentes que pasan tiempo en la presencia del Señor, orando o estudiando la Biblia. Sus familias y amigos se darán cuenta de que como personas transformadas han estado en la presencia santa de Dios.

Aarón y todos los israelitas miraron a Moisés, pero no se atrevieron a acercarse. Para poder hablar con ellos, tuvo que cubrirse con una tela. Aun así, cada vez que se presentaba ante el rostro de Dios se la tenía que quitar hasta que volvía a salir. En la inmediata presencia del Señor, no le era necesario cubrirse. Hablaba cara a cara con Él.

El profundo significado de este acto fue revelado a la postre por Pablo (véase 2Co 3:7-18). Pese a que la legislación del Sinaí iba acompañada por la revelación de la gloria de Dios, era pasajera y temporal. Dado que Moisés se cubría, estas cosas quedaron ocultas. El ministerio de muerte y condenación debía ser anulado, «porque Cristo es el fin de la ley para justicia a todo aquel que cree» (Ro 10:4; Ga 3:23-25). Sin embargo, el ministerio del Espíritu es de una gloria eterna y duradera. Todos sabemos que miramos con el rostro descubierto la gloria de Cristo y que somos transformados a su imagen de gloria en gloria.

2. El rostro de Cristo, brillante como el sol

(Mt 17:2)

En los Evangelios solemos ver a Cristo en la montaña. Él es el verdadero mediador de Su pueblo, el verdadero Moisés. En Mateo 5-7 presenta en lo alto de una loma los principios de Su reino a los discípulos. Más adelante descubrimos cómo cambió su apariencia delante de ellos en el Monte de la Transfiguración, donde Su rostro empezó a brillar como el sol (Mt 17:1-8).

Cristo constituye el punto central del reino venidero, en el que se rodeará de los santos celestiales y terrenales. La nube luminosa de la presencia de Dios le cubría con su sombra, al igual que Moisés y Elías, que hablaban con él y escucharon desde ella el testimonio del Padre: «Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia» (Mt 17:5).

3. El rostro de Esteban brilló como el de un ángel

(Hch 6:15; 7:55)

Esteban reflejó la gloria de Cristo en un mundo perverso y hostil. Esta es para nosotros una tarea que debemos realizar. La luz del Señor celestial era visible en su rostro y los líderes judíos quedaron asombrados. Le miraban fijamente y les pareció ver el rostro de un ángel, el de un mensajero celestial. Esteban tenía los ojos puestos en el cielo y vio la gloria de Dios y a Jesús de pie a la diestra divina.

Por desgracia, rechazaron a este mensajero. Esteban había sido un fiel testigo del Señor en su confrontación con el Sanedrín, del hombre glorificado en el cielo, y se convirtió así en el primer mártir. Difundía el resplandor de la gloria de Cristo y fue como Él en todo. Es lo que dejan muy claro las dos oraciones que pronunció, semejantes a las palabras que dijo nuestro Salvador en la cruz.

4. Cambiados por la renovación del pensamiento

(Ro 12:2)

El proceso de cambio a través de la renovación de nuestro pensamiento se lleva a cabo de dentro a fuera. Primero se renueva el pensamiento y luego la conducta. Como creyentes, poseemos básicamente la mente de Cristo, Sus pensamientos (1Co 2:16). Es un proceso de aprendizaje que nos lleva a reconocer, en la práctica, la voluntad perfecta de Dios y a no conformarnos con el mundo (Ro 12:1-2). Desde luego, podemos afirmar que el pensamiento de Cristo, característico en nosotros, tiene como meta tres cosas:

- La humillación de uno mismo.
- El servicio a Su pueblo y a las personas.
- La glorificación a Dios y al Padre en todo.

5. Transformados de gloria en gloria

(2Co 3:7-18)

«Transformar» significa aquí lo mismo que en Romanos 12:2, Mateo 17:2 y Marcos 9:2. Sufrir una metamorfosis es una expresión derivada de esta palabra, que refleja claramente su significado. Un ejemplo de la naturaleza que nos es familiar es el asombroso cambio de una oruga al transformarse en mariposa. Al mirar a Cristo, nosotros también cambiamos por completo nuestra apariencia y conducta (véase He 12:2), y podemos notar que hemos estado con Jesús (Hch 4:13).

No dejamos de descubrir nuevas glorias en Su persona, y somos transformados a Su gloriosa imagen por la obra del Espíritu Santo en nuestro corazón y vida. Este proceso de transformación finaliza con la venida del Señor, cuando seremos manifestados con Él en la gloria (Col 3:4).

6. Testigos de Su gloriosa grandeza

(2P 1:16-18)

Pedro, Santiago y Juan estuvieron con el Señor en el monte santo. Pedro nos presenta una relación de la grandeza y la majestad radiante del Señor con Su venida en gloria. Ellos presenciaron Su gloriosa grandeza y gozaron brevemente de un anticipo del poder del Señor Jesucristo y de Su retorno.

Un apunte interesante sea que Cristo es la fuente de luz porque presentaba un brillo especial en el rostro, brillante como el sol. Él es el centro del futuro reino mesiánico, donde los santos celestiales y de la tierra, representados por Moisés, Elías y los tres discípulos que luego se quedaron solos con Jesús en el

monte, verán Su gloria. Por el contrario, Moisés en el Sinaí únicamente reflejó la luz del rostro de Dios.

7. La gloria del Hijo del Hombre

(Ap 1:12-18)

En Patmos, Juan tuvo otro encuentro personal con el Señor, en el que el rostro del Señor resplandeció como el sol en su fulgor (Ap 1:16). Juan lo vio como Juez de la iglesia, pero también del mundo. Él es el centro brillante de la gloria divina en el cielo y la tierra.

Cristo volverá a tomar posesión de la tierra para retornarla a Dios, tras haberla purificado a través de los juicios. Como gobernante celestial, irá vestido con la nube de la presencia divina, el arcoíris sobre la cabeza y Su rostro rutilante (Ap 10:1 y ss.). Es la gran luz que enseñoreará el día, y ¡Su reino no tardará en venir!